

ra vencido á los romanos, dice que para la guerra son necesarias tres cosas: muchos soldados y buenos, generales prudentes y próspera fortuna; y calculando quién entre los romanos y Alejandro prevalecería en tales cosas, hace la deducción sin decir nada del dinero.

Cuando los sidicinos pidieron auxilio á los capuanos contra los samnitas, debieron los de Capua juzgar del poder de aquéllos por su dinero y no por sus soldados, pues habiendo determinado auxiliarles, después de sufrir dos derrotas viéronse obligados á convertirse en tributarios de Roma para poder salvarse.

#### CAPÍTULO XI

*No es determinación prudente contraer alianza con un príncipe que tenga más fama que fuerza.*

Queriendo Tito Livio mostrar el error de los sidicinos al fiar en el auxilio de los campanianos y el de éstos al creer que podían defenderlos, lo hace con gran exactitud en la siguiente frase: *Campani magis nomen in auxilium Sidicinorum, quam vires ad presidium attulerunt* (1). De donde se deduce que las alianzas que se hacen con príncipes que no pueden prestar fácilmente auxilio por la distancia de los lugares ó por falta de medios, á causa de su mala conducta ó por otras circunstancias, dan más reputación que utilidad á quien fia en ellas; como ha sucedido en nuestros días á los florentinos cuando en 1479 les atacaron las fuerzas del Papa y del rey de Nápoles, pues siendo aliados del rey de Fran-

(1) Los campanianos auxiliaron á los sidicinos más bien con su nombre que con hombres para el ejército.

cia, sacaron de aquella alianza *magis nomen quam presidium* (1); como sucedería á cualquier príncipe que, fiando en el emperador Maximiliano, acometiera alguna empresa, por ser la alianza con este emperador una de las que dan *magis nomen quam presidium*, como se dice en el texto que daba á los sidicinos la de los capuanos.

Equivocáronse, pues, los capuanos al creerse más fuertes de lo que eran, como se equivocan á veces los hombres de escasa prudencia que, no sabiendo ni pudiendo defenderse, pretenden defender á otros. Así sucedió á los tarentinos cuando iba el ejército romano al encuentro del de los samnitas y enviaron embajadores al cónsul de Roma para decirle que deseaban la paz entre aquellos dos pueblos y que estaban dispuestos á declarar la guerra al que de ellos la quebrantara. El cónsul sonrió al oír la petición, y en presencia de los embajadores hizo tocar á ataque, ordenando el avance de sus tropas contra el enemigo y mostrando á los tarentinos con obras, y no con palabras, la respuesta de que eran dignos.

Habiendo hablado en este capítulo de los partidos desacertados que toman los príncipes por defender á otros, trataré en el siguiente de los que toman para la propia defensa.

#### CAPÍTULO XII

*Si cuando se teme ser atacado vale más llevar la guerra á la tierra enemiga que esperarla en la propia.*

He oído á hombres muy prácticos en el arte de la guerra discutir algunas veces si entre dos príncipes de

(1) Más fama que utilidad.

Por la otra parte se dice que esperando al enemigo son mucho mayores las ventajas, porque, sin perjuicio propio, se le puede dificultar mucho el aprovisionarse y conseguir las demás cosas que un ejército necesita. El mejor conocimiento del país facilita la oposición á sus designios; la facilidad en la concentración permite atacarle en un punto dado con mayores fuerzas, porque él no puede sacar de sus Estados todas las suyas; en caso de derrota es fácil rehacerse, no sólo porque, teniendo refugio próximo, los derrotados pueden salvarse, sino también porque los refuerzos no están lejanos, de suerte que cabe arriesgar toda la fuerza y no toda la fortuna, mientras el que sale de su país arriesga toda la fortuna y no toda la fuerza. Algunos, para debilitar más al enemigo, le han dejado internarse no pocas jornadas en su país y apoderarse de bastantes pueblos, á fin de que, obligado á dejar guarnición en ellos, disminuya su ejército y sea más fácil vencerle.

En mi opinión, conviene distinguir si el país está armado como lo tenían los romanos y como lo tienen los suizos, ó si está desarmado, como lo tenían los cartagineses y como los tienen el rey de Francia y los italianos. En este caso conviene que esté el enemigo lejos, porque, consistiendo el principal medio de defensa en el dinero y no en los soldados, si te impiden sacarlo por medio de tributos ó en otra forma, estás vencido, y nada lo estorba tanto como el encontrarse el enemigo dentro de casa. Ejemplo de ello fueron los cartagineses, quienes mientras tuvieron su patria segura de invasión enemiga, sacaron de ella todo lo necesario para guerrear con los romanos, y, cuando fué invadida, no pudieron resistir á Agatocles.

Los florentinos no tenían medios de defensa contra Castruccio, señor de Lucca, porque les hacía la guerra en sus Estados, y viéronse obligados á entregarse al

rey Roberto de Nápoles para que les defendiera. Pero, muerto Castruccio, aquellos mismo florentinos tuvieron ánimo para invadir los Estados del ducado de Milán y casi apoderarse de ellos. ¡Tanto valor mostraron en la guerra lejana y tanta cobardía en la inmediata!

Pero si los reinos están armados como lo estaba Roma y lo están los suizos, cuanto más de cerca se les ataca es más difícil vencerlos, porque pueden reunir más fuerza para resistir una invasión que para invadir ajenas tierras. La autoridad de Anníbal no me induce á pensar de otro modo; porque sus consejos á Antíoco fundábanse en la pasión y en la conveniencia personal. Si los romanos hubieran tenido en las Galias las tres derrotas que les hizo sufrir Anníbal en Italia, sin duda quedarán perdidos, porque les fuera imposible aprovechar los restos de sus ejércitos, como en Italia lo hicieron, ni tuvieran tan fáciles medios de rehacerse, ni en otro país que el suyo hubieran podido resistir al enemigo con las fuerzas que les quedaron. Para invadir una nación enemiga nunca enviaron más de cincuenta mil hombres, y para defender la suya pusieron en armas contra los galos, después de la primera guerra púnica, un millón ochocientos mil. Tampoco hubieran podido derrotarlos en Lombardía como lo hicieron en Toscana, por la dificultad de llevar lejos tanto ejército contra tan gran número de enemigos y combatirles con ventaja. Los cimbrios derrotaron un ejército romano en Alemania; pero cuando llegaron á Italia y los romanos pudieron disponer contra ellos de todas sus fuerzas, los destruyeron.

Fácil es vencer á los suizos fuera de su país, porque sólo pueden sacar de él treinta ó cuarenta mil hombres; pero en su tierra, donde pueden reunir cien mil, es difícilísimo.

Afirmo, pues, de nuevo que, cuando un príncipe tiene su pueblo armado y organizado para la guerra, debe esperar en sus Estados al enemigo poderoso y no salir á su encuentro; pero si los súbditos están desarmados y desacostumbrados los pueblos á guerrear, debe apartarla de ellos cuanto pueda. De una ó de otra manera, según los casos citados, le será más fácil la defensa.

### CAPÍTULO XIII

*De cómo se pasa de pequeña á gran fortuna, más bien por la astucia que por la fuerza.*

Considero cosa ciertísima que rara vez ó nunca llegan los hombres de escasos medios á elevado rango sin emplear la fuerza ó la astucia, á no ser que lo obtengan por herencia ó donación. Creo también que en muchas ocasiones la fuerza sola no basta; pero sí la astucia, como verá claramente quien lea la vida de Filipo de Macedonia, la del siciliano Agatocles y la de muchos otros que de ínfima ó mediana posición llegaron á regir reinos ó imperios vastísimos.

Demuestra Xenofonte en la *Vida de Cyro* la necesidad de engañar, puesto que la primera expedición de éste contra el rey de Armenia es un tejido de fraudes, y con engaños y no con la fuerza se apoderó de su reino. Lo que deduce Xenofonte de estos hechos es, que un príncipe deseoso de realizar acciones memorables, necesita aprender á engañar. También narra cómo engañó de varios modos á Cyaxares, rey de los medos, su tío materno, asegurando que, sin estos fraudes, no hubiese podido Cyro llegar á tanta grandeza.

Creo, pues, que jamás persona alguna de humilde es-

tado ha logrado gran poder sólo por medio de la fuerza, empleándola franca é ingenuamente; pero sí sólo con la astucia, como lo hizo Juan Galeazzo para quitar el Estado é imperio de Lombardía á su tío, maese Bernabé.

Lo que necesitan hacer los príncipes al comenzar su engrandecimiento también necesitan hacerlo las repúblicas, hasta que llegan á ser tan poderosas que les baste sólo la fuerza. Y como Roma tuvo que practicar á veces por acaso, á veces por designio, todos los recursos para adquirir su poderío, también apeló al engaño. No pudo usarlo mayor al principiar su historia, cuando, según hemos dicho anteriormente, hizo alianzas con los latinos y otros pueblos próximos; pues con el nombre de aliados convirtiós en esclavos suyos. Valióse de sus ejércitos para dominar á los pueblos convecinos y adquirir la fama de potencia conquistadora y, vencidos estos pueblos, llegó á tanta grandeza, que por sí sola pudo batir á los demás.

No comprendieron los latinos su estado de servidumbre sino al ver las dos derrotas de los samnitas, que les obligaron á pedir la paz. Estas victorias acrecieron considerablemente la reputación de los romanos entre los príncipes de apartadas comarcas, y por ellas conocieron el nombre de Roma antes que sus armas. También engendraron la envidia y las sospechas de los que veían y sentían su fuerza, entre los cuales estaban los latinos, y pudo tanto esta envidia y este temor, que no sólo los latinos, sino hasta las colonias romanas del Lacio y los campanianos, defendidos poco antes por los romanos, se conjuraron contra Roma.

Emprendieron esta guerra los latinos, como antes hemos dicho que empezaban la mayor parte de las guerras, no atacando directamente á los romanos, sino defendiendo á los sidicinos contra los samnitas que, con permiso de Roma, guerrearán con aquéllos.

Tito Livio prueba la certeza de que los latinos se levantaron por haber conocido la mala fe de los romanos, cuando pone en boca de Anio Setino, pretor latino, estas palabras pronunciadas en el Consejo: *Nam, si etiam nunc sub umbra federis æqui servitutem pati possumus, etcétera* (1).

Se ve, pues, que los romanos al principio de su engrandecimiento no dejaron de emplear la astucia, recurso siempre necesario para los que, de pequeños, quieren llegar á la grandeza, y menos vituperable cuanto más disimuladamente se emplea, como lo hicieron los romanos.

#### CAPÍTULO XIV

*Engañanse muchas veces los hombres creyendo que la humildad vence á la soberbia.*

Vese muchas veces que la humildad, en vez de aprovechar perjudica, sobre todo si se emplea con hombres insolentes que por envidia ó cualquiera otra causa os odian. De ello da fe nuestro historiador con motivo de la guerra entre los romanos y los latinos, porque quejándose los samnitas á los romanos de que los latinos les habían atacado, no quisieron los romanos prohibir á éstos aquella guerra por no irritarles, determinación no agradecida que sólo sirvió para aumentar la audacia de los latinos; mostrándola pronto contra los mismos romanos. Así lo atestiguan las frases del pretor latino Anio en el citado discurso, cuando dice: *Tentastis patientiam negando militem: quis dubitat exarsisse eos? Pertule-*

(1) Porque si ahora podemos sufrir la servidumbre bajo la apariencia de confederados é iguales.

*runt tamen hunc dolorem. Exercitus nos parere adversus Samnites federatos suos audierunt, nec moverunt se ab urbe. Undehæc illis tanta modestia, nisi á conscientia virium, et nostrarum, et suarum?* (1).

Se ve, pues, claramente en esta cita cómo la paciencia de los romanos insolentó á los latinos.

Así, pues, ningún príncipe debe descender de su rango, ni entregar voluntariamente cosa alguna, sino cuando la pueda ó se crea que la puede conservar. Si se llega á término de tener que entregar algo, vale más dejar que lo tomen por fuerza que cederlo por temor, porque si lo das por miedo y deseo de evitar la guerra, las más veces no la evitas; que aquel á quien pruebas con la concesión tu cobardía, no se dará por satisfecho y querrá apoderarse de otras cosas, atreviéndose á más cuanto menos te estime. Por otra parte, encontrarás frialdad en tus defensores al creerte débil ó cobarde.

Pero si tan pronto como descubras los deseos del adversario preparas tus fuerzas, aunque sean inferiores á las suyas, el mismo enemigo empieza á estimarte, y más aún los príncipes de los Estados limítrofes; y al ver tu resolución por la defensa, quizá intente ayudarte alguno que jamás lo hiciera si te entregaras.

Entiéndase esto para el caso de que sólo tengas un enemigo, pues siendo varios, lo más prudente es dar á alguno de ellos parte de lo que posees para ganarlo en tu favor, aunque haya empezado la guerra, y en todo caso para separarle de los demás aliados contra ti.

(1) Tentasteis su paciencia negándoles soldados. ¿Quién duda que les ofendió? Sufrieron, sin embargo, la afrenta. Supieron que preparábamos nuestros ejércitos contra los samnitas, sus aliados, y no se movieron de su ciudad. ¿Qué engendra en ellos tanta modestia si no es el conocimiento de nuestras fuerzas y de las suyas?

## CAPÍTULO XV

*Los Estados débiles son siempre indecisos y la lentitud en las resoluciones siempre es perjudicial.*

En este asunto y al tratar del principio de la guerra entre latinos y romanos, puede advertirse que en toda deliberación conviene tratar inmediatamente del hecho que la provoca y no permanecer en la incertidumbre. Esto es notorio en las discusiones que tuvieron los latinos cuando pensaron separarse de los romanos; quienes sospechando la predisposición que contra ellos reinaba en los pueblos latinos, para asegurarse de ello y ver si podían, sin acudir á las armas, ganarse de nuevo su voluntad, les pidieron enviasen á Roma ocho ciudadanos, porque necesitaban consultar con ellos. Sabido por los latinos que tenían conciencia de cuanto habían hecho en desagrado de Roma, reuniéronse en consejo para determinar quiénes debían ir á Roma y lo que allí habían de decir. Cuando se trataba este punto, dijo Annio: *Ad summan rerum nostrarum pertinere arbitror, ut cogitetis magis, quid agendum nobis, quam quid loquendum nobis sit. Facile erit, explicatis consiliis, accomodare rebus verba* (1).

Estas frases son, sin duda, ciertísimas, y todos los príncipes y repúblicas deben tenerlas en cuenta. La ambigüedad y la incertidumbre sobre lo que debe hacerse, no hay palabras que la expliquen; pero toma

(1) Más pertinente es á nuestras cosas determinar lo que hemos de hacer que lo que hemos de decir; fácil será, después de tomada la determinación, acomodar las palabras á los hechos.

do un partido y resuelto el ánimo á realizarlo, fácilmente se encuentran frases para explicarlo.

Insisto en esta observación, por haber visto muchas veces los perjuicios de la indecisión en los negocios públicos, con daño y vergüenza de nuestra república, y en los casos dudosos, cuando se necesita energía para resolver, habrá siempre incertidumbre, si los llamados á aconsejar y determinar son hombres débiles.

No es menos nociva la lentitud y tardanza en las resoluciones, sobre todo si se refieren á auxiliar á un aliado, porque le privan del auxilio y dañan al mismo que en ellas incurre. La lentitud en las determinaciones procede, ó de flaqueza de ánimo, ó de falta de fuerzas, ó de perfidia en los encargados de tomarlas, quienes, por deseo de arruinar la patria ó de lograr cualquier aspiración personal, en vez de facilitar las determinaciones, las estorban y entretienen de mil modos. Los buenos ciudadanos, aunque vean que en un arrebato popular se toma decisión perniciosa, jamás la impiden, sobre todo tratándose de cosas que no admiten espera.

Muerto Hierón, tirano de Siracusa, cuando la guerra estaba más empeñada entre romanos y cartagineses, discutían los siracusanos si debían aliarse á Roma ó á Cartago. Era tan grande el empeño de los dos partidos, que el asunto estaba indeciso, sin tomarse ninguna determinación, hasta que Apollonides, uno de los principales ciudadanos de Siracusa, en un discurso prudentísimo, demostró que no se debía censurar la opinión de los que deseaban la amistad romana, ni la de los que preferían á los cartagineses; pero sí aquella incertidumbre y tardanza en tomar un acuerdo, porque veía en esta indecisión la completa ruina de la república, mientras que, adoptado un partido cualquiera que fuese, cabía esperar algún bien. No podía demostrar mejor Tito Livio los daños de la irresolución.

## CAPÍTULO XV

*Los Estados débiles son siempre indecisos y la lentitud en las resoluciones siempre es perjudicial.*

En este asunto y al tratar del principio de la guerra entre latinos y romanos, puede advertirse que en toda deliberación conviene tratar inmediatamente del hecho que la provoca y no permanecer en la incertidumbre. Esto es notorio en las discusiones que tuvieron los latinos cuando pensaron separarse de los romanos; quienes sospechando la predisposición que contra ellos reinaba en los pueblos latinos, para asegurarse de ello y ver si podían, sin acudir á las armas, ganarse de nuevo su voluntad, les pidieron enviasen á Roma ocho ciudadanos, porque necesitaban consultar con ellos. Sabido por los latinos que tenían conciencia de cuanto habían hecho en desagrado de Roma, reuniéronse en consejo para determinar quiénes debían ir á Roma y lo que allí habían de decir. Cuando se trataba este punto, dijo Annio: *Ad summam rerum nostrarum pertinere arbitror, ut cogitetis magis, quid agendum nobis, quam quid loquendum nobis sit. Facile erit, explicatis consiliis, accomodare rebus verba* (1).

Estas frases son, sin duda, ciertísimas, y todos los príncipes y repúblicas deben tenerlas en cuenta. La ambigüedad y la incertidumbre sobre lo que debe hacerse, no hay palabras que la expliquen; pero toma

(1) Más pertinente es á nuestras cosas determinar lo que hemos de hacer que lo que hemos de decir; fácil será, después de tomada la determinación, acomodar las palabras á los hechos.

do un partido y resuelto el ánimo á realizarlo, fácilmente se encuentran frases para explicarlo.

Insisto en esta observación, por haber visto muchas veces los perjuicios de la indecisión en los negocios públicos, con daño y vergüenza de nuestra república, y en los casos dudosos, cuando se necesita energía para resolver, habrá siempre incertidumbre, si los llamados á aconsejar y determinar son hombres débiles.

No es menos nociva la lentitud y tardanza en las resoluciones, sobre todo si se refieren á auxiliar á un aliado, porque le privan del auxilio y dañan al mismo que en ellas incurre. La lentitud en las determinaciones procede, ó de flaqueza de ánimo, ó de falta de fuerzas, ó de perfidia en los encargados de tomarlas, quienes, por deseo de arruinar la patria ó de lograr cualquier aspiración personal, en vez de facilitar las determinaciones, las estorban y entretienen de mil modos. Los buenos ciudadanos, aunque vean que en un arrebato popular se toma decisión perniciosa, jamás la impiden, sobre todo tratándose de cosas que no admiten espera.

Muerto Hierón, tirano de Siracusa, cuando la guerra estaba más empeñada entre romanos y cartagineses, discutían los siracusanos si debían aliarse á Roma ó á Cartago. Era tan grande el empeño de los dos partidos, que el asunto estaba indeciso, sin tomarse ninguna determinación, hasta que Apollonides, uno de los principales ciudadanos de Siracusa, en un discurso prudentísimo, demostró que no se debía censurar la opinión de los que deseaban la amistad romana, ni la de los que preferían á los cartagineses; pero sí aquella incertidumbre y tardanza en tomar un acuerdo, porque veía en esta indecisión la completa ruina de la república, mientras que, adoptado un partido cualquiera que fuese, cabía esperar algún bien. No podía demostrar mejor Tito Livio los daños de la irresolución.

También lo prueba la guerra de los latinos, porque habiendo pedido éstos á los lavinianos auxilio contra Roma, tardaron tanto en decidirlo, que apenas salidas de su ciudad las tropas auxiliares, llegó la noticia de la derrota de los latinos, por la cual su pretor Milonio dijo: «El poco camino andado, nos lo harán pagar caro los romanos». En efecto; si hubieran determinado á tiempo conceder ó negar su auxilio á los latinos, en el primer caso; no se hubiesen atraído la enemistad de Roma; y en el segundo, uniendo oportunamente sus fuerzas á las de los latinos, acaso vencieran éstos; pero, con la tardanza, cualquiera que fuese el resultado les perjudicaba, y así sucedió.

De seguir los florentinos esta máxima, no hubieran sufrido de los franceses tanto daño y tantos disgustos durante la expedición de Luis XII, rey de Francia, contra Luis Sforza, duque de Milán. Cuando el rey la proyectaba pidió auxilio á Florencia. Los embajadores de esta república cerca del monarca convinieron con él la neutralidad y que al llegar Luis XII á Italia tomaría bajo su protección la república florentina. Tenía el gobierno de Florencia el plazo de un mes para ratificar el tratado; pero los que imprudentemente favorecían la causa del duque de Milán entretuvieron la ratificación y, cuando Luis XII alcanzó la victoria, no la consintió, por conocer que la necesidad, y no el afecto, les decidía en su favor. Esto costó á los florentinos bastante dinero y estar en peligro de perder su independencia. Lo mismo les ocurrió en otra ocasión por idéntica causa. Tanto más dañosa fué su irresolución, que ni siquiera á Luis Sforza aprovechaba, y, de ser éste vencedor, hubiera probado su enemistad á Florencia de modo más enérgico que lo hizo el rey.

Ya había tratado en otro capítulo de los males que estas vacilaciones causan á las repúblicas; pero presen-

tándose ahora ocasión oportuna, he querido insistir en ello, por ser materia que no deben olvidar repúblicas como la nuestra.

## CAPÍTULO XVI

### *Diferencia entre los ejércitos modernos y los antiguos.*

La victoria más grande de cuantas alcanzaron los romanos en sus guerras con los demás pueblos fué la obtenida contra los latinos durante el consulado de Torcuato y de Decio, porque racionalmente debe creerse que, así como por haber perdido la batalla los latinos quedaron en servidumbre, lo mismo sucediera á los romanos de no haberla ganado. Esta es la opinión de Tito Livio, quien dice que los ejércitos eran iguales en todo, en organización, en valor, en número de soldados, en deseo de triunfar; la única diferencia consistió en que los generales romanos fueron más hábiles y heroicos que los latinos.

Ocurrieron durante esta batalla dos sucesos antes nunca vistos y de los que la historia presenta después raros ejemplos. Para que los soldados fueran animosos, obedientes á sus órdenes y arrojados en la lucha, uno de los cónsules se mató y el otro mató á su hijo.

La igualdad que Tito Livio dice había entre ambos ejércitos nacía de haber militado juntos durante largo tiempo, tener la misma lengua, la misma organización é iguales armas. Igual era también su manera de preparar las batallas, é iguales los nombres de las divisiones y de los cargos militares. Era, pues, indispensable, por la igualdad de fuerzas y de valor, que ocurriera algo extraordinario para hacer más tenaces á los unos que á

los otros, pues, como he dicho otras veces, en la obstinación consiste la victoria, y mientras dura aquella en el pecho de los combatientes, ningún ejército vuelve la cara. Para que fuese más duradera en el corazón de los romanos que en el de los latinos, hizo, en parte la ocasión y en parte el valor de los cónsules, que Torcuato matase á su hijo y Decio se suicidara.

Al hablar de esta igualdad de fuerzas, explica Tito Livio la organización de los ejércitos romanos y su manera de pelear. No reproduciré sus largas explicaciones, sino sólo aquello que juzgo interesante, y que han descuidado los generales de nuestro tiempo, ocasionando esta negligencia suya muchos desórdenes en los ejércitos y en las batallas.

El texto de Tito Livio explica que el ejército romano se dividía en tres partes principales, que en lengua toscana podemos denominar tres *schiere* (1).

Llamábanse, la primera *hastarios*, la segunda *principes* y la tercera *triarios*. Cada una de ellas tenía su caballería correspondiente. En el orden de batalla se colocaban los *hastarios* delante, en segunda línea, y precisamente á su espalda, los *principes*, y en tercera, y en igual dirección, los *triarios*. Ponían la caballería á derecha y á izquierda de cada uno de dichos cuerpos, y estos escuadrones, por su formación y por el sitio que ocupaban, llamábanse *alas*, pues parecían las dos alas de un cuerpo. Los *hastarios*, que eran la primera fila, formaban codo con codo para poder rechazar ó resistir el choque del enemigo. La segunda línea, la de los *principes*, que no tenía que combatir en primer término, sino auxiliar á la primera si era batida y rechazada, no tenía formación tan compacta, sino algo más espaciosa

(1) Llámase en italiano *schiera* una tropa ó número determinado de soldados.

y de modo que pudiera recibir en ella, sin desordenarse, á los *hastarios*, si, rechazados por el enemigo, necesitaban retirarse. La tercera línea, la de los *triarios*, tenía la formación aun mas abierta, para recibir en ella, en caso necesario, á las dos primeras de *principes* y *hastarios*.

Situados así los tres cuerpos, comenzaba la batalla. Si los *hastarios* eran rechazados ó vencidos, retirábanse á las filas de los *principes* y, formando los dos cuerpos uno solo, reanudaban la lucha. Cuando *hastarios* y *principes* unidos eran batidos, todos se refugiaban en la línea abierta de los *triarios*, cuyos claros cubrían, y los tres cuerpos, convertidos en uno, renovaban la pelea. Vencidos los tres y no pudiendo rehacerse, la batalla estaba perdida. Cuantas veces entraban en lucha los *triarios* la situación del ejército era peligrosa, y de aquí nació el proverbio *Res redacta est ad triarios* (1), lo cual significa, jugar la última carta.

Los generales de nuestros tiempos, de igual manera que han abandonado las otras reglas de organización, sin observar nada de la antigua disciplina, prescinden también de este orden de batalla, que no es de poca importancia, porque quien se organiza para poder luchar tres veces durante la acción ha de tener tres veces la fortuna contraria para ser vencido, y el enemigo el valor necesario para tres victorias seguidas.

Pero cuando no se está ordenado ni aun para recibir el primer choque, como sucede á los ejércitos cristianos, fácil es perder la batalla; que cualquier desorden ó un mediano valor del enemigo bastan para ello.

Lo que impide á nuestros ejércitos rehacerse tres veces es haber olvidado el modo de concentrarse una línea en otra, porque ahora el orden de batalla es de una

(1) La cosa esta reducida á los *triarios*.

de estas dos viciosas formas: ó ponen los batallones uno al lado de otro formando un frente de batalla largo, pero poco profundo, y por tanto de poca resistencia, ó cuando se quiere hacer la línea más fuerte se concentran los batallones por el método de los romanos; pero si el primer frente es batido, no estando formada la segunda línea de modo que puedan reunirse en sus intervalos los vencidos, éstos la desorganizan mezclándose unos con otros. Rechazada la primera línea, atropella á la segunda, y si ésta quiere avanzar se lo impide la primera. De tal modo, desordenando la primera á la segunda y la segunda á la tercera, la confusión es tan grande que un pequeño accidente puede causar y causa con frecuencia la pérdida de todo un ejército.

Los ejércitos español y francés en la batalla de Ravena, donde murió monseñor de Foix, que mandaba á los franceses (batalla muy bien dirigida conforme á las ideas modernas), formaron las tropas de uno de los dos citados modos, esto es, los batallones uno al lado del otro, teniendo ambos ejércitos un extenso frente de batalla, pero de líneas sin profundidad.

Esto ocurre siempre que el campo de operaciones es una vasta llanura, como sucedía en Ravena, porque sabiendo los generales el desorden que se produce al retirarse la primera línea sobre la que hay detrás, lo evitan en cuanto es posible, extendiendo la línea de batalla según he dicho. Pero cuando el terreno es angosto, adoptan la formación de varias líneas sin remediar los defectos ya referidos.

Con igual desorden avanza la caballería por país enemigo, ó para coger presas ó para cualquier otra operación de guerra. En Santo Regolo y en otros puntos donde los florentinos fueron derrotados por los pisanos, durante la guerra que mantuvieron contra Pisa, por su rebelión al llegar á Italia el rey Carlos VIII de Francia,

produjo las derrotas la caballería florentina, que, yendo delante, al ser rechazada por el enemigo, atropellaba y desordenaba la infantería de su propio ejército, con lo cual todos huían. Maese Ciriaco del Borgo, antiguo general de la infantería florentina, ha dicho muchas veces delante de mí que nunca fué derrotado más que por la caballería de su ejército.

Los suizos, que son los maestros en la guerra moderna, cuando pelean unidos á los franceses, procuran ponerse á un lado para que la caballería de éstos, si es rechazada, no les atropelle.

Aunque estos principios parezcan de fácil comprensión y facilísima práctica, ninguno de nuestros generales de ahora imita la organización antigua y reforma la moderna. Nuestros ejércitos constan también de tres cuerpos, llamados vanguardia, batalla y retaguardia, pero sólo se sirven de ellos para disponer los alojamientos y en el campo de batalla rara vez acontece, según antes dijimos, que los tres cuerpos, por su colocación, dejen de estar expuestos á igual peligro.

Y porque muchos, para excusar su ignorancia alegan que la violencia de la artillería no permite en estos tiempos practicar la organización antigua, trataré en el siguiente capítulo de esta materia y examinaré si, en efecto, la artillería impide el uso antiguo de guerrear.

## CAPÍTULO XVII

*De cómo debe apreciarse la artillería en los ejércitos de estos tiempos, y de si la opinión que generalmente se tiene de ella es cierta.*

Considerando yo, además de los puntos de que he tratado, cuantas batallas campales (llamadas en nues-